



REVISTA DE CIENCIAS, ARTES Y LITERATURA

	PRECIOS DE SUSCRICION		
	AÑO	SEMESTRE	TRIMESTRE
Sevilla. . . . .	48 reales.	26 reales.	14 reales.
Fuera. . . . .	52 id.	28 id.	15 id.
Extranjero. . . . .	62 id.	33 id.	18 id.

AÑO I.—NUM. XIV  
 PROPIETARIO  
**AURELIO ORDUÑA**  
 Sevilla, 16 de Octubre de 1881.

	PRECIOS DE SUSCRICION	
	AÑO	SEMESTRE
Cuba y Puerto Rico. . . . .	72 reales.	38 reales.
Filipinas. . . . .	80 id.	44 id.
Méjico y Rio de la Plata. . . . .	80 id.	44 id.

ESTUDIOS LITERARIOS  
 SOBRE  
**GÓNGORA Y EL CULTERANISMO**

(Continuacion.)

Aspirando á expresar ideas metafísicas por medio de conceptos oscuros y embrollados; recurriendo, para dar novedad ó los escritos, á giros y vocablos latinos; empleando trasposiciones violentas y un hipérbaton inadmisibles en la estructura de nuestra lengua, pudo lograrse, segun el mismo escritor, que las Musas hablaran un idioma que no era el vulgar y corriente; y así el P. Paravicino pudo señalar, atribuyéndolo al autor de las *Soledades*, el triste mérito de haber conseguido que las voces de España se vieran de bárbaras cultas. De aquí aquella impenetrable oscuridad que hacia apellidar graciosamente á Le Sage versos de Numa á los de los poetas cultos, aludiendo á los que cantaban los sacerdotes Salios de Roma, atribuidos al segundo rey de la ciudad eterna y de todo punto incomprensibles para sus piadosos moradores.

Caracteriza tambien muy vigorosamente esta escuela Vasco Diaz de Fregenal, que florece á mediados del siglo XVI, y que nos ha dejado, en su notable libro titulado *Veinte triunfos*, testimonios elocuentes del lamentable extremo hasta donde pudieron ser llevados los talentos de aquel tiempo por aquella extravagante monomanía del artificio y la trasposicion.

Afirma el anglo-americano Tignor que el culteranismo no reconoce otro origen que la escuela conceptista, de quien lo cree lógica derivacion, atribuyendo á las viciadas corrientes de aquella centuria la torcida marcha que Góngora siguió. Además, dice, el vate cordobés habia observado el escaso éxito que sus primeras composiciones, las más frescas y lozanas, habian obtenido en la córte; observaba el alto aprecio que los conceptistas merecian á la nobleza, y esta funesta proteccion le hizo seguir su escuela, aunque amoldándola á su genio y dándole caracteres propios y geniales; que espíritus de la alteza del de Góngora no siguen fielmente nunca los senderos trillados y conocidos.

Pero no están en solo estos antecedentes los motivos que determinaron al autor de las *Soledades* á emprender este camino. Su genio superior no podia amoldarse á ocupar un lugar inferior en la pléyade de ilustres poetas de aquel tiempo; experimentaba dentro de sí el impulso creador de los talentos superiores; queria excederles y aventajarles, levantando su vuelo por cima de los poetas que le precedieron y de los que vivieron en su tiempo. Su vanidad, justificada por sus altas dotes, le llevaba á buscar originalidad y novedad de una manera precipitada é inquieta, y la extravagancia y excentricidad fueron para él, como para tantos otros, el escollo donde vino á estrellarse en sus arranques imprevisores é imprudentes.

No faltan críticos que atribuyen á la tan manoseada intolerancia de aquellos tiempos la causa del mal gusto culterano, suponiendo que esta misma intolerancia, absorbente hasta la exageracion, estrechaba como en férreo círculo las manifestaciones contrarias á las creencias, ahogando de este modo el cultivo de la filosofía y las ciencias; y así los ingenios buscaban otras regiones donde no tropezasen con tan graves peligros. La verdad, dicen, compañera inseparable de la belleza, se veia perseguida tan luégo como se manifestaba de un modo algo atrevido; y por una reaccion fácil de explicar, así como en otros países se

profesaba la más absoluta tolerancia, que rayaba en la licencia, en España, para evitar estos excesos, se incurria en otros quizás más graves é infecundos. Así, no pudiendo trabajar en el fondo del pensamiento, se agotaban las combinaciones de forma, y los privilegiados ingenios, encerrados en los límites de una estrecha valla, que no podian franquear, llegaban por caminos impropios á la extravagancia y mal gusto. No son necesarios grandes esfuerzos para contestar cargos tan infundados y gratuitos, que por otra parte procuran herir más altos objetos, á quienes funestas escuelas pretenden combatir y demoler de todos lados y con todo género de armas. La contestacion á argumentos de esta naturaleza, para hacerla más terminante y decisiva, exigiria trabajos de otra índole que el presente; pero para hacer patente todo lo que hay de violento y apasionado en tan gratuitas afirmaciones, bastará hacer notar que ni el mismo Góngora en sus primeros tiempos, ni los brillantes ingenios de su época, como los que le precedieron y siguieron, tropezaron con estas poderosas trabas, ni la intolerancia y pretendida persecucion del pensamiento les impidió arrancar á la lira castellana las más sublimes armonías, ni las notas más delicadas y suaves. Esta inculpacion á la decantada intolerancia de aquellos tiempos, si respecto del movimiento científico no tiene fundamentos serios y legítimos,—estudiándose y considerándose los altos intereses que entonces peligraban,—con relacion al movimiento literario es tan pueril y gratuita, que no merece detenerse en una refutacion más detallada.

No dejaremos, sin embargo, de hacer notar con respecto á la pretendida restriccion puesta á los vuelos del pensamiento científico, que no es justo hacer cargo de las exageraciones á que pudieran ser llevadas las corrientes históricas de aquellos tiempos, á instituciones colocadas muy por cima de las luchas y limitaciones históricas, y que la prudente y previsora influencia que estos poderes é instituciones ejercieron no puede ser considerada como opresion y tiranía del pensamiento, que la brújula que preserva al navegante del extravío en la inmensidad de los mares jamás se apellidó su opresora.

Por lo demás, los mismos que sostienen esta opinion convienen en que cuando innovaciones tan atrevidas se arraigaron tan fácilmente; cuando merecieron, no sólo el aplauso, sino la imitacion de las gentes más sábias: cuando su ejemplo contagió aun á los que más esfuerzos hicieron para evitar aquella revolucion, es indudable que el terreno estaba preparado para ello, pues no debe suponerse que un hombre solo influya tan poderosamente, sin causas anteriores y precedentes, que auxiliien con eficacia tales tendencias y aspiraciones.

En cuanto á la excesiva difusion que estos delirios alcanzan, no debemos sorprendernos si observamos que entre todas las corrupciones, como hace notar un ilustre escritor, y la constante experiencia atestiguan, la más seductora es la del pensamiento alambicado, y una vez adquirido este gusto, es muy difícil abandonarlo ó persuadirse de que es malo. Para los mismos lectores aficionados á este género de escritos, pronunciada ya la tendencia y el gusto por este género, la comprension del sentido envuelto entre este alambicamiento y oscuridad ofrece satisfacciones, candidas si se quiere, pero satisfacciones al cabo, que lisonjean el amor propio, como pudiera hacerlo la resolucion de un geroglífico ó de un oscuro problema. De notar es, sin embargo, como testimonio del buen sentido de nuestro pueblo, que apesar de las extra-

vagancias y delirios en que pudieron incurrir Góngora y sus imitadores, las corrientes de Italia en esta misma direccion llegaron á mayor grado de exageracion y demencia que pudieron llegar en nuestro suelo. Marini llama á los espantos espumas de leche, copos de nieve; otro llama á los piojos de la cabeza de una mujer hermosa caballeros de plata en campos de oro; otro compara las almas á los caballos, pues al fin de su carrera les espera en el cielo cebada de eternidad y una cuadra de estrellas. Estas mismas son para algunos, zequíes ardientes de la banca del cielo ó de Dios; el sol el gran duque de las candelas; la luna la tortilla de la sartén celeste. La extravagancia y perversidad del gusto alcanza en la patria del Tasso un estado inconcebible, y la pintura de un historiador italiano contemporáneo da la medida de esta depravacion, sin que pueda imparcialmente afirmarse que la descripcion enérgica, pero exacta, de este periodo, sea tan cumplidamente aplicable á nuestra literatura del siglo XVII como lo es á la de la península vecina.

Entonces, dice la Geografía, el universo no existe más que para ofrecer el botín apreciado; la metáfora, la frase y el colorido predominan sobre el fondo y se busca la argucia por la argucia, el esplendor por el esplendor, considerando sólo la grandeza de las imágenes, nó su delicadeza: era moda el talento, y los magnates del estilo y de la metáfora, así como los del mundo, ostentaban oro sobre sus vestidos y no tenían camisa. Aquellos talentos falsos y amanerados aborrecian la naturalidad y descuidaban la lengua, tomando la afectacion por gracia, la hinchazon por sublimidad, la antítesis por elocuencia, los equívocos por elegancia, ocultando la nulidad del asunto bajo una porcion de frases ampulosas, golpeando sobre el yunque hasta que se encendiera. Vacilantes entre la insípida afectacion y la grosera trivialidad, tenían por ingenio el reunir ideas opuestísimas; y como la vulgaridad se une perfectamente con la hinchazon, no hubo una imagen, por trivial y ridícula que fuese, que no estuviera cargada de metáforas.

(Se continuará.)

ELOY GARCÍA VALERO.

EL POSITIVISMO  
 Y LA TEORÍA DEL CONOCIMIENTO

I

ESTADO HISTÓRICO DE LA CUESTION (1)

Ciertamente son tiempos de suprema crisis los agitados tiempos en que vivimos. Contraste de opuestos intereses; pugna de peligrosa impresionabilidad en unos, con fanático amor al estancamiento en otros; caos en que la aurora del porvenir apenas resplandece y el ocaso del pasado aún alumbrá; artes que mueren; ciencias que pasan; poderes que se derrumban, en torno de los cuales nuevas bellezas se levantan, nuevos conocimientos florecen y eternos derechos despiertan; violentas sacudidas, que remueven desde las grandes masas sociales hasta las más íntimas y más ocultas profundidades de la conciencia: la idea, la

(1) Este artículo forma parte del libro en prensa del Sr. D. Mario Mendez, titulado *El positivismo y la teoría del conocimiento*.

fuerza, la palabra, el sentimiento pasando en confuso torbellino, unidos y combatiéndose, como si, presas de nefando vértigo, volaran con el mundo al abismo azotados por los huracanes del destino: tal es el cuadro, horriblemente bello, de la época presente; cuadro que aterra con sus colores de fuego y sus revueltas sombras, como terrible evocación del infierno del Dante, á las conciencias no redimidas y á los ánimos femeniles; cuadro consolador, con sus raros contornos, sus gigantes desproporciones, su fecundo vértigo, como revelación inmensa de la vida, para las almas fuertes, los corazones de viva fe, los ánimos serenos, ciertos de que son las crisis necesarios precursores de edades más perfectas y de que son tanto más graves, tanto más atronadoras, cuanto más grande, cuanto más bella es la solución del problema que entrañan; porque es quizás el grandioso eco de sus temidas explosiones, el himno colosal que pregona á los siglos y á los mundos las victorias del progreso.

Corrientes positivistas, que parecen ahogar la inteligencia y atrofiar el corazón, arrastran casi todos los sabios del globo; marejadas de no entendido realismo aspiran á sepultar el arte, cuyo sol se apaga al frío contacto de un yerto naturalismo; la idea democrática reviste formas socialistas en Inglaterra, en Alemania, en toda la América, mientras el nihilismo va minando la espantada Rusia; el torpe afecto á los intereses particulares borra los puros ideales de la moral, el descreimiento, la negación ó la indiferencia combaten el sentido religioso de los hombres y de los pueblos: parece que, cual dijo el insigne poeta Heine, *todos nos desvanecemos, hombres y dioses; todos nos sumimos en la nada, todo se pierde en la sombra....* Pero no es esto la descomposición de la muerte; ántes bien la reacción indispensable de exageraciones contrarias y la saludable llamada al concierto de la vida de elementos valiosos que por exclusivistas desdeñamos ó por lamentable error lanzamos en la proscripción ó en el olvido.

Apénas sacudida la vergonzosa coyunda que por espacio de catorce siglos nos denigrara, corremos desenfundados al extremo opuesto, sin recordar que tan cerca está de la noche el crepúsculo de la tarde como el crepúsculo de la mañana. Y la reacción debía ser proporcionada al retroceso: más lejos irá la flecha mientras más tensa esté la cuerda del arco. Á nombre de una religión positiva se ha arrojado nuestros cuerpos á la hoguera y demandamos seguridad á la negación de toda idea y de todo sentimiento religioso. Á nombre del espíritu se nos ha ceñido el hábito del monje y han desgarrado nuestras carnes los cilicios del anacoreta, y buscamos la compensación de aquellos dolores en la negación absoluta del espíritu; á nombre de la autoridad nos han arrebatado todos nuestros derechos, ha flagelado nuestras espaldas el látigo del cómitre, del déspota ó del negrero, y no creemos reivindicar nuestra dignidad hollada sin la anulación del principio de autoridad; á nombre de la filosofía se nos ha arrancado al estudio de la realidad viva para engolfarnos en las mallas de un conceptualismo ergotista, y queremos emancipar la razón prescindiendo del raciocinio en el método y de la filosofía en la Ciencia.... Así las más leves nociones de la Metafísica se pierden; las leyes que rigen el torbellino de los fenómenos se ocultán; el amor á lo ideal, base, ley y arquetipo de lo real, se apaga; la política es la repugnante apoteosis de la astucia ó de la fuerza; la moral truécase en impura aritmética del placer; los más altos conceptos de la razón se pierden, y el bien, la verdad, la belleza, la justicia, la libertad y Dios eclipsan su inextinguible resplandor en los horizontes de la conciencia.

Y, no hay duda. La causa única de tan dañosa perturbación intelectual y de perversion moral tan profunda radica sola, exclusivamente en la carencia de firmes é inquebrantables convicciones, tan fuertes contra el minar silencioso de la duda como para resistir inflexibles los embates de la controversia. *Sólo el sabio es bello*, dijo antiguo pensador, y con mayor motivo podríamos añadir que *sólo el sabio es virtuoso*. Ver, no por extraña revelación ni ajenos ojos, mas en la propia intimidad de la conciencia, resplandecer los eternos principios, ejes del mundo suprasensible, y los

eternos moldes en que vació el mundo sensible la sabiduría de la naturaleza; reconocer estas verdades fundamentales; asegurarlas luego á la propia razón, y no determinar la conducta ni la norma de nuestra vida según aquellas leyes é ideales, es el mayor de los absurdos y el mayor de los imposibles. Una vez que el bien ha sido apropiado como tal bien, que la verdad y la belleza nos han convencido ó apasionado, ¿cómo emprender, necios, la senda que espira en el error, el mal y la desgracia? ¿Cómo abandonar la luz y constituirse en *sedente in tenebris et umbra mortis*? Nó, no pudo lograr tan inefable dicha quien esto niegue ó ceda á livianos estímulos, con menosprecio de su naturaleza; y, bueno es insistir: la desmoralización que nos aqueja, la apostasía política y científica, el actual pasajero extravío artístico no reconocen otro origen que la falta de convicciones serias, de justos ideales, de depuración del gusto. Dadme hombres convencidos y os daré el primer pueblo de la tierra y de la historia.

Saber la causa del mal es ya conocer el remedio. Estos males no son por esencia irremediables, aunque sí son inevitables, y el tiempo, más ó ménos pronto, según la magnitud del libre auxilio que le presten los hombres, traerá en sus alas el remedio con la misma fatal lógica que nos trajo el mal. *El mundo marcha*, ha dicho Pelletan, y á despecho de Lamartine le ha creído la humanidad. El mundo marcha, repetimos, y á despecho de todas las reacciones hipócritas y enmascaradas, de todas las intransigencias y de los opresores todos, marcha y marchará infinitamente por su órbita moral hácia el inaccesible prototipo que lo informa.

Tratando del progreso moral estampa Mr. Bersot en su última producción filosófica el siguiente párrafo, tan elegante como todos los suyos:

«Á veces el espíritu innovador se duerme y se deja sorprender durante su sueño; otras veces sobrecitado se arrebatada, se precipita, y sus accesos de locura van seguidos de accesos de prudencia también lamentables: todo camina en este mundo por acciones y reacciones; la ley es el progreso contrariado con los días de bonanza en que tan grata es la vida y los aciagos días que tan tristemente se pasan, en los cuales todo parece perdido. Nó, la historia no es un vano espectáculo, una fantasmagoría ni una especie de kaleidoscopio cuyas figuras se componen y se descomponen sin cesar, donde movimientos siempre nuevos, aplicados á figuras siempre nuevas, parecen no tener otro fin que agotar la inagotable variedad de combinaciones de las formas y de los colores: nó, lo repito, la historia no es eso; algo se realiza en ella, hay en ella un germen que se desenvuelve; este germen parece alterarse, parece morir, pasa por estados en los cuales apénas podemos reconocerlo; pero siempre es él, y lleva uno en sí mismo una fuerza que le abre paso al través de todo. Esta fuerza es la razón. La razón es quien da un serio interés á la vida. ¡Ah! Indudablemente, si nos bastase contemplar, el mundo en sus siempre cambiantes escenas tiene sobrado para recrear los ojos y áun para saciarlos; pero el hombre, para honra suya, conoce otros sentimientos distintos del de la curiosidad. . . . .

No parece, infatigable curioso, asistir de *diletante* al espectáculo de su propia vida; allí se representa también la parte trágica que se representa en el mundo entre el bien y el mal; allí también es él el vencedor y el vencido, y, por más que se le diga que la vida es una apariencia, una mudable superficie en que las olas se atropellan unas á otras, cuando en medio de pasiones contrarias logra asirse al bien se detiene, siente que ha tocado fondo.» (*La libre phil-ch* IV.)

(Continuará.)

MARIO MENDEZ.

## SU SOMBRA

¡No digais que es delirio de poeta,  
Que se deshace al despuntar la aurora,  
Dejando sus fantásticas visiones  
Como estela de luz en la memoria...!

Yo la estreché, temblando, entre mis brazos,  
Selle su boca con los labios míos,  
Y en las llamas azules de sus ojos  
Encontré la noción de lo infinito.

Al rayo de la luna silencioso  
Apuramós los dos tales placeres,  
Que hoy, por volverlos á gozar, daría  
Todos los que mi espíritu comprende.

Que sea ficción ó realidad, no importa;  
Sé que su imagen vive en mi cerebro,  
Y que se reproduce en la vigilia  
Con la constancia pertinaz del sueño.

En la vida real, creo que palpita  
Del blando viento en la ligera ráfaga,  
De la luz en el claro torbellino,  
Del salterio en la mística plegaria.

Y aunque jamás la encuentro en mi camino,  
Como en aquella noche de ventura,  
Aspiro el aura tibia de su aliento  
Y escucho el leve roce de su túnica.

Hay algo de ella, en las lejanas chispas  
Que tiemblan por la noche en el espacio,  
Dejando resbalar sobre mi frente  
El misterioso beso de sus rayos;

Hay algo de ella, en las ligeras brumas  
Que se levantan al caer la tarde,  
Formando sobre el haz del móvil lago  
Fugitivas y trémulas imágenes;

Hay algo de ella, en la rosada nube  
Que se deshace en gotas transparentes;  
En la fecunda savia de la vida  
Que baña y nutre poderosos gérmenes;

En cuanto busca el arte codicioso  
Trazando líneas y rompiendo rocas;  
En la excursión perpétua del espíritu  
Por el mundo encantado de la forma.

Sé que no está en la tierra, que es preciso  
Abandonar su miserable centro,  
Para hallarla en el centro indefinible  
Que no puede abarcar mi pensamiento.  
Sé que ella habita mundos superiores,  
Que sólo un soplo de su sér me toca....  
¡Sé que lo que persigo sin descanso  
Es tan sólo su sombra!

BENITO MAS Y PRAT.

## LA COLCHA VERDE

(Conclusion.)

Entre los jóvenes que frecuentaban mi casa sólo había uno que tuviese esperanzas de heredar cuantiosos bienes á la muerte de sus padres. Tenía gordas, muy gordas las letras; tanto, que no leía porque le estorbaba lo negro; pero en cambio, tenía más gordas las talegas, circunstancia que le hacía parecer un chico finísimo, simpático, instruido y extremadamente digno de ser amado, sobre todo, por una señorita pobre. Pedro, pues,—que así se llamaba tan adorable sugeto,—fué desde luego el blanco de mis esperanzas.

Á miradas, á suspiros, á sonrisas, á marcadas deferencias, á todo recurrí para darle á entender cuáles eran mis pensamientos; mi madre, á las vueltas, solía enderezarle alguna que otra indirectilla á estilo de las famosas del padre Cobos; pero ¡ni por esas! Yo me desesperaba y atribuía la indiferencia de Pedro á propósito deliberado de no caer en mis redes; mi madre, más conocedora del sugeto, la achacaba exclusivamente á inocencia y candor. Y el tiempo pasaba entretanto y continuaban siendo infructuosos miradas y suspiros, sonrisas y deferencias. Era necesario, pues, variar de procedimiento.

Cierta día, después de haber comido Pedro con nosotras, cosa que sucedía con bastante frecuencia, fingió mi madre reparar en mi palidez y me dijo con estudiado sobresalto:

—¡Tú no estás buena, hija mia! Alguna afección moral te trae pesarosa y desmejorada. No me lo niegues: nosotras las madres tenemos ojos de lince para todo lo que se refiere á nuestras hijas y bien he comprendido yo el mal que te aqueja.

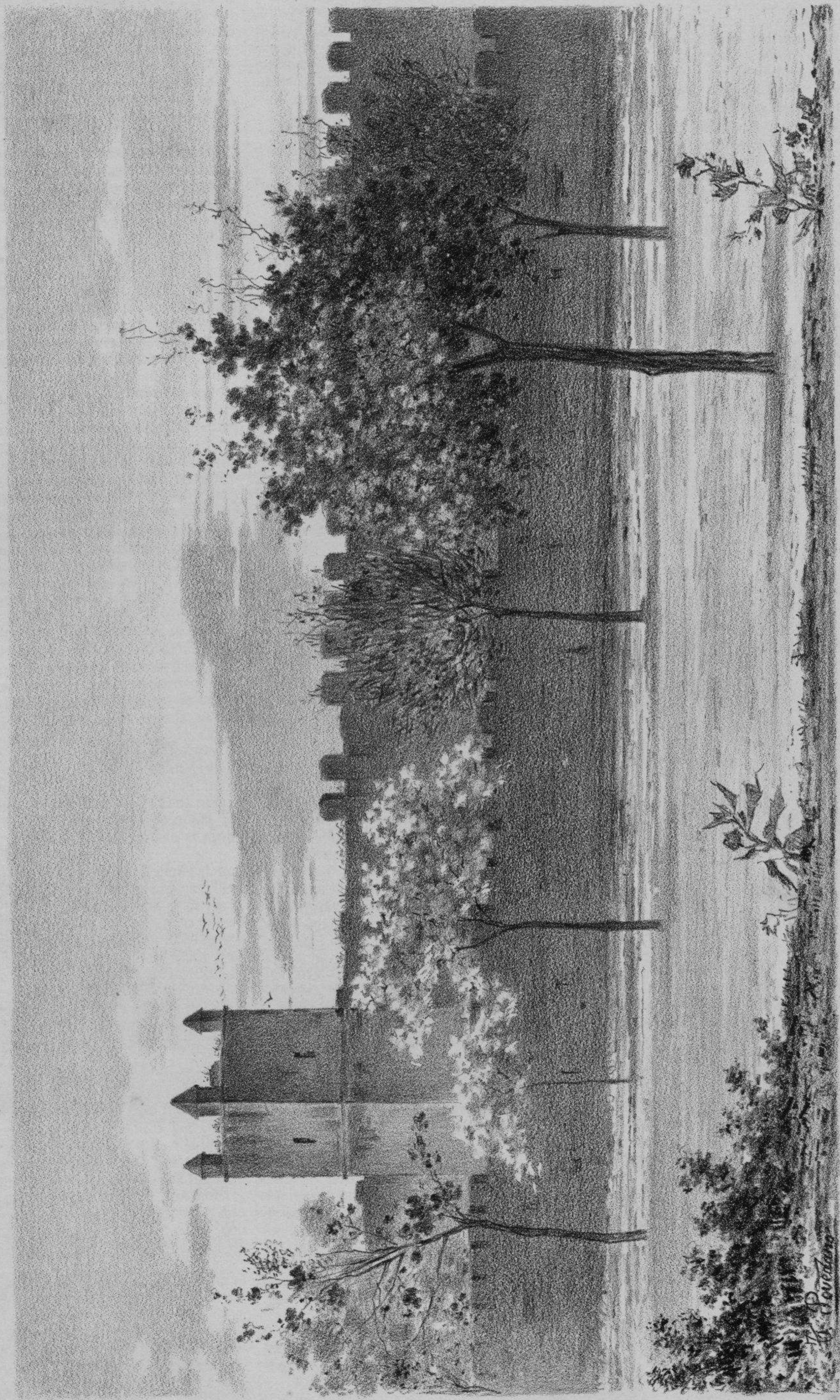
Y dirigiéndose de pronto á Pedro, que allí se estaba, hecho, como de costumbre, un papanatas, le dijo, llevándose el pañuelo á los ojos, más para encubrir que estaban secos que para enjugarlos:

—¡Ay, Pedro de mi alma! Mi niña está enferma como planta sin sol; pero esta hija mia ha perdido la franqueza que usaba con su madre y no permite decirme la causa de su pesar. Amigo suyo eres; bien te quiere ella y mucha confianza le inspiras: por Dios te ruego que no la dejes á sol ni á sombra, hasta arrancarle ese profundo secreto que guarda; que ya conocido el mal, podrá buscarsele medicina.

Colorada, roja de vergüenza, escuché yo estas palabras. ¡Qué tiempos aquéllos!

Mi madre, mi cariñosa madre, conocido lo que ella llamaba candor é inocencia de Pedro, le recomendaba la exploración de mi deseo y me ponía en el aprieto de hacerle una declaración amorosa.

Así fué: preguntóme Pedro, fingí no poder contes-



«CERCANIAS DE SEVILLA.»  
Dibujo del natural, por D. TOMÁS POVEDANO.

NÚMERO 14

2

tarle, rogó, supliqué, porfió, redoblé mis suspiros, centuplicqué mis tiernas miradas y, por último, con entrecortadas frases le declaré el supuesto mal; creyóse en el deber de curarlo, pues en su mano estaba la medicina, y todo quedó arreglado perfectamente.

¿Qué va usted á decirme, que deja de escribir y así me mira? ¿Que fuí una miserable? ¿Que procedí como una coqueta sin decoro? ¿Que la prostitucion del alma es mucho más criminal que el envilecimiento del cuerpo? Harto están confesando esas verdades estas lágrimas que derramo y harto me ha castigado la mano de la Providencia por aquel indigno proceder.

En cuanto al de mi madre.... mi madre era; ¡ojalá Dios la haya perdonado como la ha perdonado su hija!

Mas ¿pensará usted que los planes de mi madre, que eran los míos, llegaron á feliz realizacion y que vino á sacarnos de pobres la rica hacienda de Pedro? Pues nada de eso: que sabido es el que el mal sólo mal puede producir. Despues de dos años de relaciones amorosas, y cuando ya comenzaba á pensarse en dar dichosa cima á nuestro negocio,—que negocio y nó amorosa empresa era para mí el proyectado casamiento,—conferencié mi madre con su futuro consuegro; y enterado éste de que toda mi dote la habian de constituir un par de baules llenos de ropa y una colcha, más ó menos chinesca, se rió descaradamente de nosotras, dijo á todo el mundo que quiso oírle que éramos unas pobretonas *cursis* y prohibió terminantemente á su hijo, so pena de rompimiento de costillas, que volviese á pensar en el disparate de casarse conmigo; prohibicion á que se acomodó Pedro, quien, antes que todo, era un obediente hijo.

Quebróse, pues, el cántaro de la lechera é inconsolables nos quedamos al mirar vertidas y evaporadas las esplendorosas ilusiones de que estaba lleno. Entonces me acordé de Ricardo y pensé con pena que no era tan feo ni tan necio como al despedirle me habia parecido. Pero ¿cómo saber su paradero? Y, áun sabiéndolo, ¿sería posible que hubiese olvidado mi ingratitud y amase todavía á la ingrata?

—Ancho es el mundo;—díjome, al fin, mi madre, llena de despecho por el mal término á que habian venido á parar sus esperanzas.—Ancho es el mundo y tonto será quien se ahogue en tan poca agua. Bien mirado, nada hay perdido y nunca es tarde para salir de un error. Así como así, Periquito es un necio insufrible; su padre un adorador del becerro de oro; y para él nada suponen una hidalgüña acrisolada, ni una hermosura como la tuya, ni una colcha de la China que no tiene rival. ¡Miren qué fátuo; que, porque ha llegado á reunir, Dios sabe cómo, unas cuantas talegas, se figura ser un bajá de tres colas! ¡Qué tiempos, Señor, qué tiempos! ¡Ya no hay más Dios ni más Santa María que el dinero y por él se cometen las mayores ruindades! ¡Perdido, perdidito está el mundo! ¡Yo no sé dónde vamos á parar!

Mal, muy mal puesta ante la opinion general nos dejó la ruidosa terminacion de aquellos amores; terminacion cuyas circunstancias eclipsaron gran parte del falso brillo de que mi madre habia sabido revestirnos. Esto no obstante, no desalentamos en nuestra empresa, y á puño cerrado seguíamos creyendo que una buena colcha debe ser la base de una buena fortuna. Y como el tiempo de mi juventud se pasaba y los pocos años son para los hombres el más poderoso incentivo con que cuentan las mujeres, nos fué preciso descender un tramo en la alta escalera de nuestras aspiraciones.

Á contar desde aquella época, tuve muchos novios: por término medio, uno en cada mes; á lo cual contribuía ostensiblemente el haber cundido por el pueblo la especie de que mi madre rabiaba por casarme y de que yo rabiaba á mi vez por que ella dejase de rabiarse; y esta creencia, confirmada y mantenida por la prisa que una y otra nos dábamos á mostrar la colcha de marras á todo bicho viviente, fué motivo, más que sobrado, para que muchos jóvenes, y áun algunos solterones desahuciados, llegasen á mí con palabritas de Semana Santa, pero con intenciones de Carnestolendas.

No bien habia sido presentado en mi casa algun jóven de mediano porvenir y ya mi madre, viniere ó nó á pelo, le metía la malvada colcha por los ojos, acompañando con intencionadas frases, que quiero omitir, la maniobra del doblar y desdoblar y del pasear una bujía sobre cada uno de los chinescos detalles del dibujo. Despues, si el muchacho no era tonto de remate, ¿qué habia de hacer? Aprovechar la ocasion que se le brindaba, pasar el rato lo más agradablemente posible y tomar calzas de Villadiego, tan pronto como sonaba la funesta palabra *boda*. No otra cosa hicieron sucesivamente dos abogaditos, un rico labrador, un oficial del ejército, otro abogado, un alférez de carabineros, otro abogado aún,—y no hay que extrañarlo: que ya en aquel tiempo habia plaga de ellos,—un boticario, otro militar y varios otros sugetos, de todos los cuales ninguno lo estuvo por mis trazas durante mayor espacio que el de tres meses; quedando mi reputacion tan mal parada en fuerza de

estas batallas amorosas, que ya no me fué dable hallar un novio, ni por un ojo de la cara.

Habian contribuido notablemente á este triste resultado las aún más tristes circunstancias de haber yo pasado de los treinta años,—funesta edad que para las solteras viene á ser sinónima de desesperacion,—y de haberse desmejorado mi rostro, á consecuencia de unas malignas viruelas. Á estas circunstancias se refirió, por ridiculizarme, cierto poetita, antiguo novio mio, quien lo consiguió componiendo y haciendo circular por toda la villa un soneto que, si no me es infiel la memoria, decia de esta manera:

### ¡VADE RETRO!!

Amaste á Pedro, á Ignacio, á Marcelino,  
Á Casto, á Gil, á Justo, á Pablo, á Diego,  
Á Anton despues, á Restituto luégo,  
Y á Lucas, y á Ginés, y á Juan, y á Lino.  
Y amaste á Cleto, á Félix, á Faustino,  
Y, áun abundante el amoroso fuego,  
Amaste á Blas el sordo, á Luis el ciego  
Y al Pancho aquél que de las Indias vino.  
Hoy, vieja, pobre y fea,—¡guarda, Pablo!—  
Te hace exhalar interminable queja  
El insufrible solteril achaque.  
Mas ¿quién te ha de querer, ¡llévete el diablo!  
Si además de ser fea, pobre y vieja,  
Tienes en vez de un alma un alma-naque?

Un tal don Juan, hombre que tenía fama de sabio entre los ignorantes, porque de todo hablaba con desprecio, dijo por aquel tiempo que el tal soneto era muy malo;—¡y eso, que áun no lo habia leído, ni oído recitar!—yo por malo y defectuosísimo lo tuve; pero esto no fué obstáculo para que acabase de arruinar mis esperanzas, pues tal popularidad alcanzó, que hasta los chiquillos callejeros se hacian del ojo al verme y decian:—*¡Vieja, pobre y fea...?—¡Guarda, Pablo!*

Corridas y abochornadas, y convencidas,—tarde, desgraciadamente,—de que una colcha, por chinesca que sea, es una prenda de más ó ménos valor, pero en modo ninguno un anzuelo para pescar maridos, hicimos almoneda de gran parte de nuestros muebles, y, abandonando la villa, en donde ya, en són de burla, nos llamaba todo el mundo *las de la colcha*, dimos con nuestros cuerpos en esta hermosa ciudad, de cuya riqueza y magnificencia conserváramos muy gratos recuerdos.

De allí á poco enfermó mi madre, y, para colmo de desdichas, nos faltó la pension que á la generosidad de su pariente debíamos, por lo cual en breve tiempo consumimos los exigüos ahorros que de la venta de nuestros muebles nos quedaban. Un honrado vecino, á quien habia interesado nuestra desgracia, habló en mi favor á una modista hermana suya y, gracias al buen corazon de entrambos, pude ganar un escaso jornal sin apartarme del lado de mi madre, que tanto necesitaba de mis cuidados.

Agravóse ésta cierta noche, en términos, que parecia acabársele la vida por instantes; envióse á llamar al primer médico á quien se hallara y, mientras venía, mi madre, entre suspiros y sollozos, á los cuales mi llanto contestaba silenciosamente, me dijo con borrosa y apenas perceptible voz:

—Te dejo sola y pobre; ¡doble desgracia que yo, á tener más buen juicio, pude haber evitado! Esa maldita colcha, ahí donde la ves, no es solamente un pedazo de tela: es el orgullo; es la vanidad. Á ella debes tu desdicha; á ella y á mis malos consejos. Ella nos deslumbrió: porque el orgullo deslumbra; ella nos arruinó: porque la vanidad arruina. Conserva, sin embargo, esa prenda; pero ahora que vas á quedar sola en el mundo, léjos de esperar por ella un casamiento fastuoso, véndela tan luégo como halles un hombre pobre y honrado que quiera casarse contigo; que más fácil será que lo verifique viendo que te dotas á tí misma en los dos ó tres mil reales que puede valer la colcha. Sé humilde; no hables á nadie de la nobleza de tu padre, pues no conseguirias por ella valer más que lo que por tí valgas, y en cambio la desdorarías con tu pobreza. No te avergüences de trabajar, que valdria tanto como avergonzarte de ser virtuosa; y ahora, hija mia,—y aquí la pobre señora redobló sus sollozos,—perdona á tu madre por el mal que con sus locuras te ha causado y recibe su último beso y su postrera bendicion.

Esto dicho, y apenas hubo puesto sobre mi frente su marchita boca, la tomó un largo desmayo. Entretanto, nuestro caritativo vecino volvia acompañado de un médico. Entrar ámbos en la pequeña habitacion y quedar yo muda de asombro y de vergüenza, fué todo uno. ¡Ricardo y no otro era el médico!

Apesar de lo mucho que habian variado mi fisonomía, años y viruelas, conocióme enseguida: que no á otra causa pudo deberse la emocion que se pintó en su semblante; pero recobrándose al momento, sólo se ocupó en que mi madre lo hiciese de su desmayo, lo cual conseguido, se apresuró á salir de la habitacion é hizome seña de que le imitase.

Le seguí, toda turbada y temblorosa. Agolpábanse á mi memoria áun los más nimios detalles de mis primeros amores: las promesas de Ricardo, mis juramentos de constancia, su amorosa ternura para conmigo, el indigno pago que yo le habia dado. Pensaba también—y todo esto en mucho ménos tiempo que el que gasto en referirlo—pensaba en la indignancia á que me habian traído las malhadadas esperanzas que habia puesto en mi colcha verde; consideraba lo feliz que hubiera sido optando por la modesta fortuna, por la tranquila dicha que me brindaba el sincero cariño de Ricardo é imaginaba, por último, que bien podia suceder que él permaneciese soltero y que, sintiendo renacer en su corazon, á causa de nuestro inopinado encuentro, algo del primitivo fuego, me hiciese aún posible lo que yo por imposible tenía: el salir del odioso celibato á que, por malas de mis culpas, vivia condenada.

Pero ¡cuán desengañada y triste no quedaria yo, al oír de labios del mismo Ricardo la ratificacion de mi condena! Así me dijo:

—Desde luégo he reconocido á usted y á fé que si lo siento por hallarla en tal estado de pobreza y de penalidad, me alegro, en cambio, por tener ocasion de contestar brevemente, como lo exigen las circunstancias, á la última carta de usted. Estoy casado con una mujer á quien adoro y tengo cuatro hijos que, con ella, constituyen para mí la mayor felicidad que puede alcanzar un hombre. Tal es mi respuesta. En cuanto á la enferma, désele enseguida lo que dejo recetado; y siendo peligroso, como indudablemente lo sería, que ella me conociese, creo conveniente marcharme y enviar en mi lugar á un compañero en cuya experiencia y en cuyo saber pueda usted tener entera confianza.

Y añadió, dándome una tarjeta:

—Ahí están las señas de mi casa; no dude usted que tendré una verdadera complacencia en serle útil. Á los piés de usted.

Dicho lo cual, se marchó sin esperar respuesta; bien es verdad que yo no hubiera podido dársela: tal era el estupor de que me hallaba poseida.

Para abreviar: mi madre murió á los pocos dias y empezó para mí una nueva vida de amarguras, cuyos detalles harian demasiado larga mi relacion. Bástele á usted saber que Ricardo, con generosidad que nunca alabaré como debo, me ha socorrido en distintas ocasiones; que á él he debido recomendaciones por cuya consideracion he entrado á servir en varias casas de la primera nobleza de Sevilla; que la maldita colcha verde no ha sido bastante á proporcionarme un marido, por pobre y miserable que fuera, por lo cual he de ir á la sepultura con la palma de la virginidad y la corona del martirio; pero que, sin embargo, algun poder diabólico me ha hecho retener y conservar esa ya ajada y descolorida tela, más bien que como á prenda de una esperanza, como á odioso y encantado talisman que habia de conjurar sobre mí toda suerte de desventuras.

No de otro modo me explico que, en tres largas horas que hoy he permanecido en el *Jués*, esperando que alguien me comprase lo que ya considero como causa y origen de los males que me han afligido durante toda mi vida, no haya habido alma viviente que á mí se acerque con tal objeto. Y eso, que yo pensaba vender la tal colcha de un modo parecido á como el diablo vendió su suegra.

¿No sabe usted cómo fué...? Mejor: así acabaré con algo de diversion y de risa el relato de esta verdadera historia mia, que tantas lágrimas me ha hecho derramar.

Pues fué el caso, segun se cuenta, que cansado el diablo de aguantar las impertinencias de su gruñona suegra, determinó venderla, para lo cual la trajo á un mercado del mundo.

—¡Mi suegra vendo! ¡Mi suegra vendo...!—iba gritando entre el gentío, mas nó mostrándola, como se hace comunmente con todo aquello que se intenta vender, sino procurando esconderla de las miradas de la multitud, porque tenía por cosa segura que ménos dable le seria hallar comprador si la dejase ver.

—¡Mi suegra vendo...!—repetía, amostazado por el temor de que nadie la comprase; y todos, al oír tales palabras, huian despavoridos y hacian la seña de la cruz, nó al diablo, que disfrazado iba, sino á la suegra.

Al fin, un hombre, dando claros indicios de ser ó tonto de capirote, ó suicida vergonzante, se acercó al diablo y le preguntó:

—¿Cuánto quieres por ella?

Y el diablo, sin aguardar á más, exclamó, bailando de alegría:

—¡Tuya es! ¡Con tu pan te la comas!

Y echándose á las barbas al infeliz comprador, desapareció en un santiamén, regocijadísimo por el buen negocio que habia hecho.

Así la viejecita acabó de contar su historia, que hoy, puesta en letra de molde, dedico á las mucha-

chas casaderas, quienes, de seguro, podrán hallar en sus desaliñados párrafos, si no amena y deleitosa distraccion, práctica y utilísima enseñanza.—Vale.

F. RODRIGUEZ MARIN.

Agosto, 1879.

### UNA DE TANTAS

Era una noche oscura como la conciencia de un asesino y fría como el corazón de un avaro. Los vecinos de la vieja Sevilla se habían refugiado en sus respectivas habitaciones, donde al grato amor de la lumbre, y rodeados de los halagos de la familia, podían burlar el tiránico dominio de aquella noche cruel. Sólo el ruido de la tempestad se escuchaba en las solitarias calles, transitadas no más que por el vigilante nocturno, severa representación de la ley, á cuya proximidad, anunciada siempre por el luciente farolillo, huye presuroso el cobarde asesino y el asqueroso ratero, que envuelven constantemente su vergüenza y cobardía en las espesas sombras de la noche.

En el hueco de una puerta cerrada se descubría, confundido con la sombra, un bulto que de vez en cuando hacía un movimiento quizás de impaciencia, tal vez de frío. Por aquella puerta cruzó un embozado, y escuchó una voz tímida, dulce y temblorosa que dijo:

—Una limosna por Dios.

—Un demonio que te lleve,—rugió el transeunte dando un salto, y aceleró más y más su ligero paso.

La misma voz lanzó un suspiro entrecortado, lloroso, vibrante; un suspiro que envolvía toda una historia de llantos.

Pasaron algunos minutos y el sombrío silencio fué interrumpido por la pujante voz del guarda nocturno que con el tradicional «¡Ave María Purísima!» testimoniaba á los vecinos su celo y vigilancia. Dejóse luego ver el luciente farolillo y paso á paso vino á colocarse frente á la puerta que ocupaba la mendiga del suspiro. Apenas reparó en ella, cuando entre receloso y confiado la envolvió en la luz que irradiaba su linterna.

La mendiga levantó la cabeza y entreabrió los labios para repetir su peticion; mas al mirar frente á sí al representante de la ley, guardó silencio, que la ley no da limosnas.

El sereno escudriñó aquel semblante y vió dos ojos azules, bellos como el cielo que cobija á Andalucía, tristes como la sonrisa de un niño enfermo; vió unas mejillas pálidas y enjutas; miró una frente en la que se adivinaba la pureza y á la que orlaban millares de rubios cabellos; vió una diminuta boca que, contraída por un gesto de dolor, dejaba ver unas tan pequeñas como lindas perlas de alabastrina blancura; vió descender de aquellos ojos dos gruesos brillantes de singular transparencia, y con ver y mirar todo esto, aquel hombre permaneció impasible: las escarchas y los frios habían endurecido su capote; la ignorancia y las miserias habían curtido su alma.

La mendiga sostuvo aquel exámen con una inamovilidad marmórea. ¿Era indiferencia, ó era espanto lo que motivaba aquella mirada fija? No trató de averiguarlo el sereno, que se limitó á decir:

—No es hora de tomar el fresco; ya puedes marchar á casa, buena moza.

—¿Es muy tarde, señor?—preguntó la niña.

—La hora de recogerse ha dado ahora mismo; conque ya estás andando.

No contestó ni una palabra la entristecida niña; bajó los ojos, abandonó aquel sitio y con paso vacilante salió de aquella calle; atravesó otra y otras en un estado de sonambulismo; ni la estremecía el frío, ni la daba pavor la oscuridad, ni la soledad de las calles la imponía espanto.

Llegó luego á una estrecha calleja. En una mal trazada hornacina, y alumbrada por un pequeño farol, había una imagen de María. Allí detuvo la niña sus pasos; miró con expresion de amor aquella imagen y sus labios murmuraron una plegaria. La débil luz del farolillo iluminaba su rostro. ¡Estaba tan hermosa!

Pocos segundos despues se detenía cerca de la niña un embozado y fijaba en ella la mirada de unos ojos en que resplandecía el fuego de la juventud; volvióse á él la niña, y con voz temblorosa demandó una limosna. El desconocido se

acercó á la mendiga, la habló misteriosamente y bajo, muy bajo; pareció que la vergüenza que envolvían sus palabras era tal, que aún él mismo tenía sonrojo de escucharlas. La niña comprimió un grito; las azucenas de sus mejillas se tornaron en purpurinas rosas de encendido color, y sin mirar á aquel miserable cayó de rodillas. El desconocido subió su embozo recatando el rostro y huyó de aquel sitio, donde dejó ver un alma monstruosa y donde tanto empeño mostró en ocultar su rostro, tal vez hermoso. ¡Qué aberracion!

Ya llegaba la mendiga á la puerta de su vivienda cuando una voz varonil la dijo:

—Luisa.

Volvióse precipitadamente la niña y respondió con alegría:

—¿Me esperabas, Antonio?

—Sí, queria darte estos reales.

—¿Y tú con qué te quedas?

—Tengo casi otro tanto, mira.

Y aquel hombre hizo sonar ruidosamente su bolsillo, donde apenas habria dos reales en calderilla.

—Nó, Antonio, nó; tú eres tan pobre como yo.

—Pero yo no tengo madre; toma.

—¡Qué bueno eres!—dijo Luisa tomando el dinero.

—¡Cuánto te quiero!—murmuró Antonio alejándose.

\* \* \*

Ocho dias despues lloraba Luisa el abandono en que se encontraba.

—Trabajo, trabajo,—decía la infeliz en tono desesperado—el trabajo sería mi salvacion; pero ¡ay! la mujer cuando le encuentra no halla en él sino una carga pesada que mina su existencia y aniquila sus fuerzas, sin que la remuneracion que le proporciona alcance á satisfacer sus más urgentes necesidades.

Luisa no entendía palabra de la organizacion del trabajo: su educacion no habia sido lo bastante ilustrada para formar juicios filosóficos, pero la fatalidad le habia señalado con ruda mano todas las penalidades, todas las miserias á que la actual organizacion del trabajo tiene condenada á la mujer; y aquella pobre víctima, como otras muchas, resignada, doblaba su cabeza y se dejaba consumir por aquella devoradora fiebre que se llama miseria, endémica enfermedad en todas las regiones de la tierra.

¡Cuánta felicidad irradian en sus semblantes esas jóvenes obreras que, alimentándose con la sobriedad de un canario, tienen una pequeña habitacion donde entran los rayos del sol, una flor con que adornar sus cabellos y un limpio vestido que lucir en la tarde del dia de fiesta!

¡Con qué inocente orgullo, con qué graciosa coquetería levantan la falda de su vestido por hacer notar á los transeuntes la linda botita con que calzan el diminuto pié! ¡Cuán grata es á los hombres pensadores esta pueril coquetería! Aquel calzado, aquella flor, aquella vivienda es el fruto del trabajo y de la economía; aquella sonrisa fresca es la enseña de la felicidad; la felicidad en la mujer está tan lejos del vicio cuanto el bien lo está del mal; la mujer así está en su centro. No he creído nunca que nadie naciera para el mal; pero en este eden del trabajo caben muy pocas huries; las plazas están cubiertas y la oscuridad, la desnudez, la tristeza y la miseria son el patrimonio de las desheredadas: la envidia viene á henchir sus corazones; por no tener flores, hasta se marchitan las de sus mejillas; la desnudez las hace tenerse en poco, el desprecio de los más las empuja, el hambre las precipita.... ¡Desventuradas! ¡Qué suerte tan distinta les hubiera proporcionado un trabajo regular.

\* \* \*

Pasaron muchos dias. Los ojos de Luisa estaban enrojecidos; habia encontrado trabajo, cosía en su casa; trabajaba quince horas sin descanso, quince horas mortales, en que perdía su salud para ganar tres reales, y su madre seguía enferma.

Aquella situacion era terrible.

Antonio, el honrado Antonio caminaba á buen paso en direccion á la casa de Luisa; la alegría se asomaba á sus ojos: llevaba dinero, llevaba algu-

nos reales. Aquel hombre rudo, pero de conciencia recta, se apresuraba á socorrer á su amada con el fruto de su pesado trabajo.

Era la hora en que Luisa acostumbraba salir, y Antonio esperó, apoyado en la esquina, la presencia de su amada: pasaron algunos instantes; la puerta de la casa de Luisa se abrió y apareció la joven. Vestía un limpio traje de percal de vivos colores, un bonito manton pendía de sus hombros; su cabeza, cubierta de flores, estaba peinada de un modo tan provocativo como inmodesto; su pié lucía lindo calzado, no tenían ya sus mejillas la palidez de la azucena, y, sin embargo, aquella mujer habia perdido su hermosura. No habia ya en sus ojos la tristeza, aquella dulce y melancólica tristeza hácia la que se sentía tanta atraccion; no era ya su frente símbolo de la pureza; no era el de la juventud el fuego que animaba sus pupilas, era el fuego de la fiebre que consumía su cuerpo con la misma voracidad con que el calor del remordimiento abrasaba su espíritu.

Ella avanzaba sin reparar en aquel hombre de chaqueta que la miraba con espantados ojos; llegó por fin junto á él, volvió la cabeza, miró á Antonio, le conoció, quiso dar un grito, un grito que se escapaba de su pecho y que murió ahogado en su garganta; quiso huir y no pudo: quedó petrificada.

Antonio la miraba con tal ahinco, que su pupila encendida parecia dilatarse. Aquella mirada magnética envolvía el cuerpo de la pobre niña con tal fuerza, que ella sentía oprimírsele el pecho, faltarle la respiracion, crujir sus huesos. Antonio temblaba, temblaba como un niño aterido; alargó su brazo, y, presentando algunas monedas, dijo con voz tan baja, tan seca que daba espanto:

—Toma, socorre á tu madre.

Luisa permaneció inmóvil.

—Tómalo,—insistió con ira Antonio.

—No puedo,—dijo Luisa, cuyo acento parecia desgarrar su garganta;—véte, déjame, olvidame.

—Ahora ya serás dichosa.

—Perdóname, Antonio, ¡soy tan desgraciada! ah, si supieras....

—Sí, ya sé, infeliz, ya sé que tu desgracia es irreparable; véte.

Luisa se alejó sin derramar una lágrima; hasta el consuelo inmenso del llanto le estaba vedado á aquella mujer.

\* \* \*

Era un mártes por la tarde. Ocho meses habian pasado.

Dos hombres, que vestían larga blusa azul, conducían á hombros una camilla de caridad.

En aquella camilla iba un cadáver.

Ni un pariente, ni un amigo acompañaban la fúnebre marcha. Llegaron al cementerio. Uno de los conductores entregó un papel al capellan, quien despues de leerlo escribió en un gran libro el nombre de Luisa.

Aquel cadáver fué depositado en la fosa comun.

Ante él rezó el buen sacerdote un responso, y luego algunas paladas de tierra separaron de los vivos aquellos restos mortales.

Cuando todo quedó terminado, cuando la cubierta sepultura fué abandonada por aquellos hombres, otro hombre, que vestía la modesta chaqueta del obrero, fué acercándose con paso lento y receloso. Llegó, miró á todos lados, descubrió su cabeza, dobló la rodilla y, derramando algunas lágrimas, murmuró una oracion. Alzóse luego, y, mirando fijamente aquella sepultura, dijo con voz sombría:

—¡Pobre Luisa! Tú eras buena; la miseria te envileció y tu envilecimiento causó tu muerte. Hombres de talento,—dijo luego alzando la frente,—mirad esto, estudiadlo y decidme. ¿No habrá nunca remedio á este mal?

ARTURO G.-PADIN.

### SUMARIO

TEXTO.—Estudios literarios sobre Góngora y el culteranismo (continuacion), por D. Eloy García Valero.—El Positivismo y la teoria del conocimiento, por D. Mario Mendez.—Su sombra, poesía, por D. Benito Mas y Prat.—La colcha verde (conclusion), por D. Francisco Rodriguez Marin.—Una de tantas, por D. Arturo G.-Padin.

ILUSTRACIONES.—Cercanías de Sevilla.—Dibujo del natural, por D. Tomás Povedano.